

El movimiento pacifista alemán

Erhard Eppler

Erhard Eppler. Miembro del Comité Ejecutivo del Partido Socialdemócrata Alemán; ex-ministro de Cooperación Económica de la República Federal de Alemania.

La gran manifestación en pro de la paz realizada en Bonn el 10 de octubre de 1981, que movilizó a 300 mil personas, originó miles de comentarios, análisis e informes en todas partes que giran en torno a la misma pregunta: ¿Cómo fue posible que naciera un movimiento, justamente al comienzo de la década del 80, en Europa occidental y justamente en Alemania, que se dispone a enredar o incluso cortar, sin respeto ni reverencia a los expertos en estrategia, todos los hilos que parecían sujetar, hasta hoy en día, la seguridad de Occidente?. No extraña que las primeras respuestas hayan sido muy simplistas: 'un éxito de la propaganda comunista' - el presidente de los Estados Unidos aún no pasa de este nivel de entendimiento -; 'un descontrolado hervor de angustia elemental' - esta parece ser la interpretación del canciller federal; 'un renacimiento del viejo nacionalismo alemán' - así lo interpreta una parte de la prensa francesa -.

Todas estas interpretaciones son indicios de la misma irreflexión emocional que tales observadores aplican frecuentemente al movimiento pacifista. Distan tanto de la realidad de nuestros días como ellos distan del movimiento pacifista.

No obstante, todos los afluentes que han formado el gran río del movimiento pacifista pueden remontarse hasta sus orígenes. En primer lugar, la desilusión. Al comienzo de la década del 70, la mayoría de los alemanes había compartido el deseo de Willy Brandt de hacer las paces, finalmente, un cuarto de siglo después de la Segunda Guerra Mundial, con los vecinos del Este. Se trataba de política, del reconocimiento de fronteras, del libre acceso a Berlín, de cooperación razonable en todos los campos interesantes para ambos lados. Tanto más profundo el desencanto cuando hacia el fin de la década del 70 - habiéndose administrado más que acrecentado, por mucho tiempo, la herencia de Brandt - se hacía referencia a la relación Este-Oeste tan sólo en términos militares. Muchos habían esperado que la distensión política conduciría al desarme militar. Pero ocurrió lo contrario. La Unión Soviética empezó a reemplazar cohetes de mediano alcance obsoletos por otros más modernos y, en Occidente, sobre todo en la República Federal de Alemania, se creó la impresión de que la supremacía soviética en misiles de tierra de mediano alcance - existente hacía ya mucho tiempo sin haber alarmado, en los años 60 y 70, ni a los más enardecidos guerreros fríos - era un peligro absolutamente nuevo, creado con fines de extorsión.

Los millones de hombres que habían puesto sus esperanzas en una constructiva política de paz, experimentaron la confrontación estéril de los estrategas militares, la aceleración de la jamás interrumpida carrera armamentista.

Una vez desviado el interés público de las oportunidades políticas a los peligros militares, resultó que no se podía ya confiar en el equilibrio del terror. Si hasta entonces, la regla empírica de la disuasión nuclear había sido: "quien ataca primero muere segundo", los estados mayores de las potencias occidentales comenzaron ahora a pensar en la posibilidad de hacer la guerra nuclear apoyándose en ojivas atómicas más pequeñas, numerosas y de mejor puntería, si quien atacaba primero no tenía mayor oportunidad de sobrevivir o incluso triunfar. Cuanto más hombres se abran brecha en temas reservados, hasta ahora, a los expertos de los ministerios de defensa, tanto mayor el horror: lo que se había estado presentando como concepción de seguridad no era más que la amenaza - al menos con respecto a los alemanes - de suicidarse llevándose la mayor cantidad posible de enemigos potenciales.

No sorprende que la resistencia se encendió con aquella resolución que, cual rayo, iluminó el paisaje tétrico adonde nos habían conducido los tecnócratas del armamentismo: se pensaba no menos que desplegar, en medio de la densamente poblada Europa Occidental, especialmente en la República Federal de Alemania, misiles que, por orden del presidente americano, llegarían en 300 o 400 segundos hasta Kiev, Leningrado y - contrario a las declaraciones negativas - también a Moscú. Para que todo el mundo se enterase, el gobierno federal justificó dicha intención alegando que "era necesario demostrar que compartíamos visiblemente el riesgo nuclear con los Estados Unidos", como si no existiesen ya miles de ojivas atómicas en nuestro país. Una estrategia que conducía a este tipo de decisiones tenía que ser falsa desde su propio enfoque.

Todo esto se agravó con el cambio de gobierno de los Estados Unidos: Si con Jimmy Carter uno a veces no sabía a qué atenerse, con Reagan y Weinberger pronto lo sabía uno demasiado bien; había resucitado aquel espíritu de los cruzados que giraba únicamente en torno al triunfo del bien sobre el mal, o peor, de los buenos sobre los malos, combinado con la firme voluntad de alcanzar la supremacía militar de los buenos sobre los malos por medio de un presupuesto militar más alto que nunca, en tiempo de paz.

La firme determinación de ser el número uno, no solamente en lo económico y político - donde se había ocupado este puesto incontestadamente desde hacia décadas - sino también en cada uno de los campos de la tecnología militar, no solamente en términos cualitativos - esto se daba por descontado - sino también en términos cuantitativos; esta determinación no podía sino conducir a una competencia armamentista, cuya dinámica intrínseca se escaparía a cualquier control. Su último y más decisivo impulso no lo debe el movimiento pacifista a la propaganda soviética, sino a aquella combinación de franqueza ingenua y fanfarronería descontrolada con que asumieron Reagan y su equipo.

Desde luego que el movimiento pacifista tiene que ver con miedo. Se nos ha infundido el miedo. Y significaría más insensibilidad que audacia si la combinación de nuevas tecnologías militares, rearme y retórica republicana no hubiera infundido miedo. Más, el miedo no representa un aspecto nuevo en política. En la mayoría de los casos, las estrategias políticas no se nutren tanto del miedo a un peligro claramente definido y determinado, sino más bien de temores abrigados por decenios, los cuales, a su vez, viven de imágenes de enemigos pintadas con gran dedicación y constantemente adornadas con muchos detalles.

Aunque un análisis frío de los intereses y posibilidades soviéticos ciertamente no hace suponer que el Kremlin desea ver multiplicados, en Amsterdam, Munich o Marsella, los mismos problemas que tanto le cuestan arreglar a Varsovia, Praga, Budapest o Bucarest; aunque la Unión Soviética precisa mucho más de socios comerciales intactos en Europa Occidental que una Europa devastada o aniquilada por una guerra, se le ha infundido miedo a una invasión rusa al pueblo alemán desde hace dos generaciones.

La política de paz realizada por Willy Brandt ha borrado imágenes de enemigos: la imagen del alemán agresivo de los polacos y rusos, la imagen de una Polonia expansionista de los alemanes y, en parte, la imagen del insaciable revolucionario mundial. Pero aun cuando esa aproximación a la paz estuvo acompañada de un proceso de poner término a la 'era ideológica', se mostró que una doctrina militar que, en el fondo, sólo podía amenazar con el suicidio de un pueblo entero, no podía sostenerse políticamente sin una imagen de enemigo francamente diabólica. Pues, ¿cómo se justifica algo tan irracional como la amenaza de suicidarse si no existe una amenaza peor que la muerte?

He aquí la razón por la cual los políticos, incluyendo a los socialdemócratas que si saben diferenciar y que solían cuestionar audazmente muchas imágenes de enemigos, tienen que volver a atizar el miedo a los rusos para defender la resolución sobre rearme de Bruselas. Lo nuevo no es, en todo caso, que el miedo se haya convertido en la fuerza motriz en cuestiones de rearme. A lo más, lo nuevo es que el miedo a una carrera armamentista que se escapa de todo control y junto a ello, el miedo a la aniquilación atómica, se vuelva más grande que el miedo a la invasión soviética. Y que este proceso refleje mayor realismo y racionalidad que la actual doctrina militar, eso es precisamente lo que afirma el movimiento pacifista.

No obstante, las referencias al 'movimiento del miedo', por mucho que a veces el miedo refleje al movimiento pacifista, podrían superar el nivel de la polémica. Porque de hecho, el pacifismo actual se distingue claramente del pacifismo clásico.

Proteger y conservar la vida y lo viviente

El pacifismo clásico se nutría, en el fondo, del quinto mandamiento, del imperativo ético: ¡no matarás!. En cambio el nuevo pacifismo exige: ¡protegerás y conservarás la vida y lo viviente!. El pacifismo de comienzo de siglo fue, ante todo, la negativa de personas individuales de cargar sus consecuencias matando a otros seres humanos; en cambio, hoy día la resistencia se forma contra la aniquilación de la vida misma. Antes se trataba primordialmente del derecho de no tener que matar; hoy se trata del derecho a la vida. Donde las armas de exterminación masiva son capaces de destruir pueblos enteros e incluso toda la humanidad, donde las guerras no sólo amenazan la vida de los hombres, sino también las bases naturales de toda vida humana en el futuro, el pacifismo se convierte en una rebelión contra lo que Erich Fromm ha llamado tendencia necrófila del industrialismo moderno. Donde la guerra se teme por considerarla como exterminación de la vida, no como lucha sangrienta pero limitada por reglas. El pacifismo se convierte en grito de horror de los que se ven como víctimas de dicha exterminación.

Si es cierto que la guerra ya no es la continuación de la política con otros medios sino que significa el fin de toda política, entonces la resistencia contra la guerra debe también cambiar de carácter. Si tienen razón los generales que admiten, con toda franqueza que no habrá defensa en el sentido clásico una vez fracasada la disuasión, que en este caso comenzaría la irracionalidad del infierno, entonces el pacifismo pasa a ser más que la excepción tolerada de la regla de lo que todavía se llama 'disposición a defenderse'.

Es cierto que los jóvenes que hablan del derecho a la vida se refieren también a su propia vida. No sólo se rehúsan a matar sino que tampoco quieren morir. No por ser más cobardes que sus padres o abuelos, sino porque su muerte no sería otra cosa que parte de una exterminación increíblemente espantosa y sin sentido.

Es cierto que el lema: 'Más vale rojo que muerto' no puede convertirse en el lema del movimiento de paz. Porque tal consigna parte de varias premisas no verificadas: una, que la Unión Soviética pretende imponernos su orden social por la vía militar; otra, que en caso de guerra, nuestra disposición a rendirnos nos salvaría la vida, con lo cual se supone, a su vez, que los Estados Unidos nos dejaría caer en manos del enemigo sin destruirnos previamente. Pero aún queda por responder la pregunta: ¿Qué sentido tiene defender la libertad si después no hay nadie que podría ser libre o no?

El que muchos políticos interpreten el movimiento pacifista como una de las tantas modas que vienen o se van, demuestra una pérdida del sentido de realidad. Es posible que ese movimiento no se escape de rencillas y sectarismos, que la forma de su impacto cambie. Pero una cosa parece ser cierta: la cuestión de la paz no dejará de preocupar a muchos mientras no se encuentren formas más razonables de seguridad externa. Expresándolo en el lenguaje de los que gobiernan: la aceptación de una disuasión nuclear cada vez menos estable, en la medida que se desarrollan nuevas generaciones de armas, se acabó para siempre.

Se acabó para siempre porque el movimiento pacifista es una señal de un cambio de conciencia o, mejor dicho, una de varias señales. Si es cierto que, en el movimiento pacifista, sobre todo las generaciones jóvenes hacen valer su derecho a la vida, entonces no es ninguna casualidad que existan tantas coincidencias entre el movimiento ecológico y el pacifista.

Quien no pueda imaginarse cómo los hombres lograrán domar para siempre el calor atómico, de modo que produzca dócilmente electricidad sin vengarse jamás - ni siquiera por medio de los desechos contaminantes por millares de años - sería esquizofrénico si aceptara los escenarios de los estrategas nucleares con sus mega-muertos. Quien desconfía de la tecnología en gran escala porque se escapa del control democrático y hace al hombre cada vez más dependiente, no aceptará aquella parte de la tecnología en la que se invierten, en la actualidad, las mayores capacidades de investigación científica. ¿Qué sentido tiene la búsqueda de tecnologías 'suaves' si la tecnología militar no deja de autosuperarse en dureza?. Para el movimiento pacifista, no existe más que un solo estrecho pensamiento tecnocrático que amenaza las bases naturales de nuestra vida, bien sea por la vía lenta y furtiva sin guerra, bien por la vía rápida de pocas horas si las armas se llegan a usar para los fines con que se hicieron. La 'brecha misilística' que se pretende cerrar desplegando nuevos cohetes de mediano alcance en pleno centro de Europa, se basa en los mismos cálculos que la 'brecha energética' que se había pronosticado para los últimos años de la década del 70 y que, mientras tanto, se ha quedado en nada. En ambos casos, se pretendió construir un todo coherente extrapolando lo existente y cerrar esa 'ventana de vulnerabilidad' a que suele referirse el presidente Reagan. Pero es humano que tal 'todo coherente' permanezca vulnerable. Y se ahoga donde los tecnócratas pretenden cerrar la última 'ventana de vulnerabilidad'.

Paz entre los hombres y con la naturaleza

Tanto como la explotación del hombre no puede separarse de la explotación de la naturaleza, la guerra entre los hombres no tiene que ver con la guerra contra la naturaleza, que podríamos ganar tan gloriosamente que nos costará la vida. El modo de pensar que nos induce a aplicar pesticidas indiscriminadamente y sin pensar en posibles consecuencias, no se distingue, en el fondo, del modo de pensar que convierte los cálculos sobre mega-muertos en algo rutinario. Pareciera que la paz entre los hombres y Estados sólo puede resultar de un modo de pensar que nos aproxime también a la paz con la naturaleza.

Sería exagerado calificar los numerosos grupos pequeños que se dedican al Tercer Mundo como un movimiento. Pero lo cierto es que el compromiso con los hombres del Sur influye en el movimiento pacifista.

Es el conflicto entre Este y Oeste que, como dijo Willy Brandt al presidente Kaunda de Zambia, nos ata las manos que deberían y podrían ayudar a los pueblos po-

bres. El armamentismo mata ya hoy en día devorando los medios que podrían salvar a millones de la muerte por hambre. Corriendo tras una seguridad que se aleja más mientras más corremos, dejamos a los hombres del Sur en el camino sabiendo que nuestra carrera y su muerte tienen que ver una con la otra. ¿Es este precio de la seguridad aceptable, aún cuando pudiera lograrse pagándolo? ¿Qué haremos si no es seguro quien tiene más probabilidades de sobrevivir, el que corre por su vida o el que se queda en el camino?

En todo caso, el movimiento pacifista tiene que ver con la vida de los hombres, con su derecho a la vida. En este sentido, representa también un movimiento en pro de los pueblos que sufren todavía de términos de intercambio colonialistas y que, con su endeudamiento, tienen que pagar por el hecho de que nuestro derroche energético haya incrementado tanto los precios del petróleo.

El movimiento pacifista es una entre varias manifestaciones de un cambio de conciencia, de un cambio elemental de valores que se originó en las generaciones jóvenes al final de los años 60, se aceleró en el curso de la década de los 70 y se extendió a sectores cada vez más amplios; un proceso de cambio que evidentemente continúa en los 80. Se requiere una increíble falta de realismo para atribuir tal proceso de dimensiones históricas a personas individuales. Nadie, ningún profesor universitario o escritor, ningún publicista o político, es capaz de generar tal cambio. Ni siquiera somos capaces de explicar cómo se realiza. Supongo que las experiencias diarias de una sociedad industrializada madura generan nuevos valores. El liderazgo espiritual significa dar voz a este cambio de conciencia, lograr que se autocomprenda a sí mismo, acelerarlo, configurarlo, relacionarlo con las tradiciones existentes, darle orientación y objetivos políticos.

Por eso ni el movimiento ecológico ni el pacifista pueden definirse dentro de la dicotomía razón-emoción. Un vicio específico de nuestra discusión política es el de reclamar, no sin autoelogios emocionales, la claridad de la razón para uno mismo, ubicando al contrario en las turbias tinieblas de las emociones. A mediados de la década del 70, el tecnócrata probado no veía en los adversarios de la energía nuclear otra cosa que personas desorientadas que se entregaban a dudosas emociones y que necesitaban lecciones racionales sobre la verdad tecnocrática. Pero surgieron entonces los expertos disidentes que manejaban las herramientas científicas de los expertos en energía tan brillantemente como los responsables en los diferentes ministerios. Y si comparamos lo que unos y otros escribieron en la segunda mitad de la década del 70, quedamos sorprendidos por el hecho de que esos expertos disidentes estaban mucho más cerca de la realidad. Ellos ni siquiera hubiesen soñado que los programas energéticos especiales quedarían tan despiadadamente ridículos ante la realidad como de hecho sucedió. Nadie se atreve a calcular lo que habría que pagar en intereses y amortizaciones, hoy en día, por capacidad ociosa de generación eléctrica si, en los años 70, se hubieran realizado todas las inversiones calificadas como absolutamente necesarias en los planes oficiales.

La discusión sobre armamento y desarme se desarrolla en una forma muy similar. Aún hay políticos que, al referirse al diálogo con el movimiento pacifista - ¿quién se opondría al diálogo? - no tienen en mente otra cosa que el intento, lamentablemente necesario, de hacer volver a hombres tímidos que no saben controlar sus emociones a la razón de una bien fundada concepción de defensa. El 'diálogo' como instrucción de los ignorantes por los sabios - así comenzó también la primera fase del debate energético; sólo la primera fase. Aún cuando muchos no se hayan dado cuenta: también en el debate sobre la paz hemos dejado atrás esta primera fase. Los expertos disidentes ya se han hecho respetar, ya no pueden ser callados porque dominan las herramientas de los estrategas militares tan perfecta y brillantemente como los defensores del armamentismo.

Poco a poco, las cosas han tomado otro aspecto: precisamente allí donde se había invocado la razón con cómoda vanidad, se evidencia un grado de irracionalidad insuperable por ninguna idea utópica de un grupo pacifista. Tal como el movimiento ecológico impulsó la discusión energética a mediados de la década del 70, el movimiento pacifista está imponiendo, hoy en día, una discusión sobre los fundamentos de nuestra política de seguridad. Y esta discusión continuará, independientemente del resultado del debate sobre el despliegue de misiles americanos de mediano alcance. El movimiento pacifista no representa la seducción de los ingenuos por los pícaros, sino la acción conjunta de temor fundado con crítica fundada, la alianza de los que ya no quieren saber nada de la carrera armamentista con los que saben demasiado de ella.

El movimiento pacifista es independiente de las superpotencias

El movimiento pacifista no fue creado, ni mucho menos organizado, por nadie. Se ha formado orgánicamente. Sus raíces son innumerables iniciativas pequeñas. En él cooperan pacifistas clásicos, que finalmente se ven librados de su aislamiento, con hombres cuyas dudas acerca de la concepción de seguridad dominante son más recientes, inspiradas por la carrera armamentista nuclear. El movimiento de paz reúne a gente de la izquierda que se opone al armamentismo a base de análisis marxistas, con ciudadanos que han comprendido que nuestro propio interés nacional en sobrevivir obliga a oponerse a la carrera armamentista. En el movimiento pacifista cooperan cientos de grupos católicos y luteranos con hombres que quedan indiferentes ante el debate sobre el Sermón de la Montaña, porque ya no esperan nada de las Iglesias. En el movimiento pacifista hay socialdemócratas, liberales, ecologistas, miles de decepcionados por todos los partidos y, finalmente, comunistas.

No pretendo ocultar que, en el movimiento pacifista, existen reservas contra los comunistas. Es cierto que el anticomunismo tradicional, admirado o acogido con sonrisas por muchos observadores europeos como una especie de religión oficial de la R.F.A., no juega ningún papel. Pero queda una pregunta por contestar: ¿No es que el movimiento pacifista presupone la independencia de los intereses de

ambas superpotencias, una independencia atribuible a los comunistas italianos, pero no a los alemanes? ¿Qué sentido tiene el oponerse al armamentismo de una parte, si la oposición al armamentismo de la otra queda excluida en principio?

Tales reservas son más cosa de los viejos que de los jóvenes. Por negativas que sean las experiencias que los mayores tenemos con los comunistas, la mayoría de los jóvenes trata con ellos de una manera mucho más natural, sin que por eso sean más susceptibles de quedar contagiados por su ideología. Para ellos, el comunismo soviético representa una de las más aburridas de las tantas ideologías políticas poco excitantes.

Poco a poco se está formando un consenso: Nadie puede ni debe impedir a los comunistas su participación en acciones del movimiento pacifista. Pero ellos no pueden pretender presentar un movimiento cuya existencia se basa en su independencia de ambas superpotencias. Incluso los fanáticos del PC alemán se habrán dado cuenta de que todo intento de manipulación sería tan inútil como perjudicial, perjudicial para el movimiento pacifista y aún más perjudicial para el PCA, que no habrá olvidado lo que significa la vida en un ghetto político.

Si el movimiento pacifista representa la confluencia de compromisos espontáneos, la suma de innumerables actividades de base; si en consecuencia, resulta imposible organizar, poner en marcha o desconectar, manipular o dirigirlo, ¿con qué derecho podemos hablar entonces de un solo movimiento pacifista?. Para muchos, el mero término ya significa una provocación; la derecha lo pone entre comillas, otros incluyen en él todas las organizaciones, que pretenden también evitar la guerra: las Fuerzas Armadas Federales, la OTAN, todos los partidos políticos. Su objetivo es obvio: pretenden descalificar el término, quitarle su perfil o incluso ridiculizarlo.

Pero parte del problema reside en el asunto mismo. Por un lado, el movimiento pacifista debe estar abierto a quien desee participar. En la manifestación de los 300 mil del 10 de octubre, no se excluyó a nadie. Un movimiento que se ocupase principalmente de exclusiones y deslindes ya habría pasado por su mejor momento. Al movimiento pacifista pertenece quien lo desee.

Nociones comunes

Y, a pesar de todo, existen aspectos comunes que, por sí mismos, también constituyen límites; límites flexibles, no controlados por nadie, pero políticamente eficaces. Existen nociones comunes sin las cuales el movimiento pacifista no se habría formado nunca.

En primer lugar, existe la noción de que una no-guerra basada en la disuasión nuclear ya no puede durar mucho tiempo. El movimiento pacifista se opone a la tesis según la cual la disuasión nos ha dado tres décadas de paz y que, por lo tanto,

todo está en orden. La disuasión se desestabiliza a sí misma en la medida en que las armas nucleares disuasivas son sustituidas por armas nucleares para la guerra. El movimiento de paz implica poner en duda los fundamentos de un sistema de seguridad que, en caso de un conflicto serio, deja destruido todo lo que pretende defender.

El movimiento pacifista pone en duda la idea del equilibrio tal como se maneja, hoy en día, con estrechez tecnocrática. Mientras cada parte declare su propio rearme como medida en pro del equilibrio, pero el de su enemigo como medida en su contra, simplemente porque las definiciones de lo que significa equilibrio no coinciden, mientras esto no cambie, el hablar de un desarme equilibrado no nos llevará a ninguna parte; al contrario, nos llevará a un rearme más o menos equilibrado. El movimiento pacifista no acepta la afirmación - ya desmentida por la realidad - según la cual hay que armarse primero, a fin de alcanzar el equilibrio que luego permitirá el desarme.

He aquí la principal razón por la cual el movimiento pacifista rechaza el despliegue de misiles americanos de mediano alcance en Europa Occidental. Esta medida se interpretaría, en la Unión Soviética, como rearme estratégico y se respondería con medidas de re-rearme, las cuales tendrían que ser respondidas por los americanos con un rearme de aún mayores proporciones, etcétera. Todo esto ya se está preparando.

El movimiento pacifista no imputa a ningún gobierno el deseo de iniciar el holocausto atómico. Pero tampoco cree que alguno de ellos sea capaz de impedirlo. El movimiento pacifista se basa - he aquí el aspecto de unidad más importante - en el reconocimiento, preocupante y para algunos ofensivo, de que la búsqueda de la paz ya no debe dejarse a los estados mayores y ministerios, a las delegaciones negociadoras y reuniones en la cumbre.

Quien cree que esto es escandaloso - sobre todo entre los que gobiernan - debería recordar cuántas veces el armamentismo fue declarado como necesidad ineludible, cuántas veces gobiernos y parlamentos dieron a entender que veían los peligros del armamentismo, pero que lamentablemente no les quedaba otra salida. ¿Acaso es sorprendente que cada vez más personas ya no acepten tales 'necesidades' mortales e incluso sospechen que éstas no son producto de las circunstancias sino de las mentes de quienes hablan de ellas?. El movimiento de paz representa, ante todo, la acción conjunta de personas que ya no confían en que autoridad alguna les regale la paz y que, por lo tanto, pretenden alcanzarla presionando desde la base.

Por eso el movimiento pacifista busca opciones fundamentalmente diferentes de lo que se llama política de seguridad hoy en día. Se están analizando diversas alternativas: radicales y sin armas como la concepción de defensa social, pero también concepciones basadas en formas netamente defensivas de seguridad militar como paso necesario hacia el desarme completo. Dichas alternativas no son nece-

sariamente incompatibles, sino que pueden complementarse o entenderse como fases de un proceso. El movimiento pacifista coincide en la apreciación de que casi cualquier alternativa sería más razonable que la amenaza del suicidio.

Finalmente, el movimiento pacifista se autocomprende como grupo de presión opuesto a los intereses armamentistas, aún cuando no será fácil sacar a la luz los millares de canales de comunicación entre los intereses armamentistas y la prensa, los ministerios, los parlamentos.

Es cierto que los intereses armamentistas tienen más influencia en las dos superpotencias que en la R.F.A., donde originalmente no se había permitido la fabricación de armamentos. Pero los cuatro ejércitos de estos intereses - los militares, la industria armamentística, la investigación armamentística y la burocracia - son más influyentes en nuestro país de lo que muchos creen. Los intereses opuestos sólo pueden actuar en público: explicando a los políticos que su triunfo electoral puede correr peligro justamente cuando los intereses armamentistas están contentos o que, a la inversa, una política de desarme que vaya más allá de lo meramente verbal, no solamente provocará el lamento de los intereses armamentistas, sino también encontrará el respaldo masivo de un amplio movimiento.

¿Un partido pacifista?

Desde que el movimiento pacifista existe, mucha gente inteligente se ha preguntado si nuestro sistema parlamentario no sugiere la creación de un partido pacifista. ¿Qué otra solución nos queda, se preguntan, para subsanar el inconveniente de que, en cuestiones importantes tales como el despliegue de misiles americanos de mediano alcance, exista una amplia oposición en el país que no tiene voto alguno en el parlamento?

También los estudiosos de la opinión pública ya no dudan de que una alianza entre los movimientos ecológico y pacifista superaría fácilmente el mínimo del 5 por ciento establecido en la Ley Electoral. El problema es a quién ayudaría tal cosa. Cada partido compite con los demás. Cada nuevo partido obliga a los ya existentes a deslindarse, a polemizar contra él. Y esto conduce a asperezas incluso en aquellos asuntos donde podría haber entendimiento.

Los partidos pequeños sólo tienen sentido mientras estén aliados con partidos más grandes. El Partido Liberal de Alemania ejerce una influencia increíble porque puede aliarse con cualquiera de los dos partidos grandes (socialdemócratas y demócratacristianos). Un partido pacifista no tendría sino un aliado potencial grande: la socialdemocracia. Y este aliado potencial se endurecería justamente porque en tal partido pacifista militarían muchos ex militantes socialdemócratas, cuya salida del partido inclinaría la relación interna de fuerzas más hacia la derecha. Una vez consolidado el socio menor, el mayor ya no tendría la voluntad de aliarse o sería incapaz de hacerlo. Y entonces, el partido pequeño experimentaría

la diferencia entre el 5 y el 50 por ciento; se daría cuenta de que, para determinar el rumbo de la política del Estado, se requiere el 50, no el 5 por ciento del voto electoral.

La creación de un partido restaría fuerza al movimiento pacifista. Muchos de los que, en la actualidad trabajan en él darían preferencia a otras lealtades. Toda actividad del movimiento despertaría sospechas electoreras. Se perdería todo lo directo y espontáneo.

En consecuencia, el movimiento pacifista debe entenderse a sí mismo como movimiento por encima de las grandes organizaciones de nuestra sociedad. El movimiento pacifista no es respaldado por las Iglesias, pero sí por cientos de miles de cristianos dentro de ellas. El movimiento pacifista no es apoyado por las organizaciones sindicales, pero sí por cada vez más sindicalistas que sacrifican su tiempo libre por él. El Partido Socialdemócrata de Alemania no comparte todos los objetivos del movimiento pacifista, pero en la manifestación del 10 de octubre participaron más de 50 mil militantes socialdemócratas, y quedará demostrado que fue importante que el presidente de ese partido se haya negado a advertir contra la participación de sus militantes en ese acto. Es cierto que el espacio para las actividades del movimiento pacifista cambia de una organización a otra. Cierzo que los grupos pacifistas dentro de la Iglesia Católica tienen más problemas que los que actúan al interior de la luterana. Cierzo que un militante del partido liberal o ecológico encuentra menos dificultades para participar en el movimiento pacifista que un socialcristiano. No obstante, todo eso indica que el movimiento pacifista debe interpretarse como fuerza que puede encontrar apoyo en todos los sectores sociales.

Una creciente toma de conciencia

Si es cierto que el movimiento pacifista tiene que ver con cambio de conciencia, entonces puede confiar tranquilamente en que ese cambio afectará a cada vez más personas que todavía reaccionan con indiferencia. El movimiento pacifista debe ser contagioso, debe llegar a convencer a una mayoría con su presencia, su fantasía, su humor, su amabilidad y su ejemplo pacifista. Esta es su oportunidad, no la creación de un partido nuevo.

¿Es posible que un movimiento de base sin organización central logre algo? ¿Se toma en serio como fuerza política?. Las experiencias hechas en 1981 sugieren que sí. Precisamente porque no se deja encajonar en los modos de pensar tradicionales, precisamente porque no se ajusta a ninguna de las etiquetas que caracterizan el lenguaje hablado y escrito de hoy, precisamente porque se trata de una realidad no percibida por la llamada 'política realista' (Real politik), el movimiento pacifista se ha convertido en el tema político dominante de la R.F.A. Precisamente la lamentable incapacidad de muchos comentaristas inteligentes de entender ese nuevo fenómeno ha despertado en el movimiento pacifista un sentido de solidari-

dad. Y nada ha fortalecido más al movimiento pacifista que las tontas calumnias de ser un frente popular controlado por el comunismo.

Los partidos del gobierno de coalición (el socialdemócrata y el liberal) saben perfectamente que ya no pueden ganar elecciones federales o estatales en contra de ese movimiento. Los partidos demócratacristianos (Unión Demócrata Cristiana y Unión Socialcristiana de Baviera) están preocupados por la ola de semanas pro paz e iniciativas pacifistas que viven las Iglesias. Y todos los partidos se están rompiendo la cabeza para descifrar lo que pasa en las generaciones jóvenes. Aún cuando la oferta de diálogo no sea más que un gesto meramente táctico, pone de relieve que los dos métodos clásicos de la discusión política - difamar o ignorar - no funcionan en este caso.

Las reacciones en el Oeste y el Este sorprenden aún más. Casi todos los grandes rotativos de los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña han dedicado numerosos comentarios, más o menos adecuados a este fenómeno tan difícil de entender. Casi todas las estaciones de radio y televisión han transmitido entrevistas con representantes del movimiento pacifista. Se comprende en Occidente que algo elemental ha surgido, algo que puede aplaudirse o temerse, que en todo caso debe tenerse en cuenta. El hecho de que los Estados Unidos hayan decidido iniciar las negociaciones de Ginebra, después de muchas vacilaciones, ciertamente tiene que ver con las presiones de gobiernos europeos. Pero también es digno de ser discutido si el temor al fortalecimiento del movimiento pacifista europeo no dio un impulso definitivo a esa decisión. El Pentágono se preocupa más por la 'enfermedad holandesa' de Europa occidental que por los deseos de algún que otro gobierno.

También en el Este se presta mucha atención a lo que emana del movimiento pacifista. Cuando portavoces del movimiento critican al gobierno soviético por exceso de velocidad en el despliegue de sus cohetes SS 20, tal crítica tiene más efecto que cuando tres cuartos de la prensa alemana reaccionan como si los cohetes soviéticos de mediano alcance apuntados a Europa occidental fuesen algo absolutamente inusitado. Cuando se abran los archivos, en el futuro, podría quedar evidenciado que la dirigencia soviética ha tomado muy en serio proposiciones emanadas del movimiento pacifista.

Hay voces importantes, sobre todo francesas, que sostienen que una de las razones de la no intervención soviética en Polonia fue que eso habría asestado un golpe mortal al movimiento pacifista. De hecho, este movimiento ha advertido reiteradamente, en público y en privado, contra una intervención soviética en ese país. La declaración de la ley marcial por el general Jaruzelski fue rechazada con indignación por el movimiento pacifista. Pero es obvio que existe una diferencia cualitativa entre la intervención militar de una superpotencia y un conflicto interno cuyas formas no toleraremos jamás. Y no debe olvidarse que, en la R.F.A., las más furiosas voces de protesta fueron las de aquellos diarios y políticos que jamás han mencionado una sola palabra sobre las brutales dictaduras militares en el patio de los Estados Unidos, los generales poco mojigatos de Turquía, miembro de la

OTAN, o el papel de la CIA en la liquidación del gobierno democráticamente electo de Allende.

El movimiento pacifista insistirá en que también en Polonia pueda expresarse la voluntad política autónoma. El movimiento pacifista representa una forma de la europeización de Europa. Por consiguiente lucha también para que las naciones del Este puedan conquistar más espacio para evolucionar de acuerdo con sus propios sistemas de valores.

Con esto abordamos la cuestión de un movimiento pacifista en el Este. Nadie exigirá que tal movimiento se presente igual como el nuestro. Pero hay mucha diferencia entre reprimir, frenar, tolerar o fomentar la voluntad de hacer una labor pacifista autónoma, por ejemplo dentro de las Iglesias de la R.D.A. A quien se exija que no critique a su gobierno nacional - cosa que incluso sucede, a veces, en la República Federal de Alemania - no podrá jamás luchar con credibilidad por la paz y el desarme.

Cuanto más vital y contagioso sea el movimiento pacifista del Oeste, tanto más difícil - e innecesario - será reprimir el movimiento pacifista del Este.

El hecho de que el movimiento pacifista se tiene en cuenta políticamente, tanto en el Este como en el Oeste, no lo niegan ni sus adversarios. Pero, ¿tiene esto algún efecto?, ¿no debilita la posición negociadora del Oeste?

Los autores de la resolución de Bruselas, en tanto estuvieron interesados en negociar, habían buscado un instrumento para obligar a la Unión Soviética a negociar, aunque ésta había reiteradamente ofrecido negociaciones, la última vez anterior a la resolución de la OTAN el 6 de octubre de 1979. Es posible que la presión ejercida sobre la Unión Soviética para que reduzca sus misiles de mediano alcance de resultados. Pero, ¿quién pensó en la conveniencia de tales negociaciones para los intereses norteamericanos? ¿Qué ocurrirá si a los Estados Unidos les importa más el despliegue de sus Pershing II en Alemania que una concesión a la Unión Soviética en el asunto de los SS 20? ¿Qué ocurrirá si deciden llevar las negociaciones de tal manera que desembocan precisamente en ese despliegue? ¿Qué presión debería ejercerse entonces?

Sólo el movimiento pacifista de Europa occidental ha dado las respuestas. Hace tiempo que la Unión Soviética teme que una táctica negociadora intransigente ayude a aquellos que insisten en el despliegue. No hace mal que los Estados Unidos teman que una táctica negociadora de las exigencias inaceptables fortalezca las fuerzas que desean evitar el despliegue de esos misiles y que, en tal caso, lo lograrán.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 59 Marzo- Abril de 1982, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.